



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 26 DE JULIO DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Evadiendo al amor

VISIONES FANTÁSTICAS
OLGA DE LEÓN

Este es un tema que se me ha quedado entre los entresijos de la memoria, que a ratos se esconde y otros se autoengaña o es complaciente.

Lo conocí cuando el astro dorado irradiaba orgulloso su último esplendor, antes de perderse tras las montañas, y la luna bañara de plata esa noche de julio. Él venía de recorrer el mundo, regresaba a su tierra natal, Hungría, a un concierto en el que participaría junto a otros virtuosos de la música. Difícilmente, yo comprendía lo que él hablaba con mi amiga, cuando ella, junto a la pasarela de los artistas, lo abordó antes de que bajara al foro.

Pude ver su amplia sonrisa y radiantes ojos azules. Entendí que él le preguntaba si yo era también mexicana. Mi amiga sonrió divertida y me dijo: "parece que le gustas al pelirrojo, especialmente tus ojos, dice que no se imaginaba mexicanas tan blancas y de ojos claros..."

Aquello quedó como anécdota. Hasta que tres años después, en otro país y también de vacaciones con mi querida amiga de la infancia, habría de revivir el recuerdo, pues nos encontramos nuevamente al músico húngaro. En esa oportunidad, nos maravillamos y festejamos la coincidencia.

Que no fue la recién referida, la primera casualidad en mi vida, sino otra que viví de niña viajando con mi familia, en el auto manejado por mi padre; mientras pasábamos por primera vez por ciertas avenidas y edificios que ya había visto en mis sueños. Cuando se lo comenté a ellos, mi madre solo sonrió y mi padre me miró por el retrovisor y me preguntó: ¿te ha sucedido algo semejante antes, hijita?

Desde entonces, eventos sin aparente explicación lógica se han repetido en mi vida. Con llamadas telefónicas de personas no todas cercanas a mí, y aunque algunas no hubiesen llamado, no digo en meses sino años, sabía, desde que sonaba el teléfono, quién era.

¿Seré muy perceptiva o acaso usaré demasiado la lógica? No lo sé, tampoco me interesa analizarlo. Pienso que todos tenemos nuestras fórmulas para ver sin prejuicios ciertas coincidencias y vivir sin complicaciones innecesarias. De por sí, la vida cotidiana, a veces no es un asunto sencillo ni fácil de sobrellevar.

Hace una semana que sueño lo mismo... cada noche, el mismo sueño. Ella viene hacia mí, pero no me habla ni se acerca demasiado, solo me sonríe y luego se esfuma, se diluye su figura y se pierde entre las olas de un mar inmenso y profundamente azul, ¿será mi amiga de la infancia, a quien dejé de ver desde hace muchos años?

Tiempo atrás, quizá medio año antes, tuve otro sueño repetitivo: veía una torre muy alta, rodeada de parques. Y, desde una ventana a mitad de la torre,



un brazo y una mano se agitaban y me invitaban a que subiera hasta donde esa persona, cuyo rostro no distinguía, pareciera saludarme solo a mí: una noche lo hice, y descubrí que el músico húngaro era quien me llamaba.

Los sueños premonitores, cada cierto tiempo, vuelven a mí mientras duermo. Y son mis sueños tan tranquilos y placenteros, que a veces quisiera dormir más para seguir soñando.

Este es el numen de mi cuento de hoy; la ficción, ente que se inventa a diario, y yo la invento en cada cuento. A pesar de que algunos de mis maravillosos lectores suelen creer o les gusta pensar que lo que escribo me atañe... que es algo que me ha pasado... que todo es real. Nada más fantástico que atribuirme las vivencias de mis personajes.

Este es el asunto que he ido evadiendo y que, en otro cuento, me gustaría abordar: la materia prima de la escritura creativa: invenciones, mentiras fantásticas: ¿increíbles o reales?

MADRUGADA FINAL
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Esta es una historia que he venido evadiendo durante las últimas horas. Tiene que ver con la mujer de mis sueños, con la música de Robert Schuman y su Kreisleriana para piano, y con un incremento de mi ansiedad y estrés. Hay algo de desorganización en mis ideas; pero se trata de mi aventura con una artista dedicada al video arte, llamada Lina Villegas.

La conocí por Jean Ville, el director de orquesta. Había organizado un concierto en el que presentaría lo que él llamaba, su ópera: A ciencia cierta, era una pieza para ensamble pequeño, de diez o doce instrumentos y voz femenina. Por esa época,

Lina colaboraba con Jean. En el asunto de la ópera: a través del video de una lluvia torrencial que cae sobre un cerro, reproducido en ocho pantallas sostenidas por cables colgantes sobre el escenario.

No tengo idea de cómo se conocieron Lina y Jean. Pero el día de la ópera, la vi entregando programas de mano y revisando las pantallas. El asunto de la presentación salió bien. La música, excelente. Los aplausos, espectaculares. Al final, Jean Ville se me acercó para decirme: Voy a organizar una fiesta con los músicos, adivina dónde va a ser. Supuse correctamente, quería disponer de mi estudio en la Condesa, y acepté. Entre los intérpretes yo había reconocido inmediatamente a Anneli, la flautista sueca. Teníamos un asunto pendiente, de los tiempos en los que yo había vivido en Guadalajara y pintaba desnudos. También ella acudiría a la reunión en mi sitio.

Ordenamos pizzas y, por supuesto, muchísimas cervezas. El estudio ya contaba con whiskey porque yo solía beber high-balls de lunes a viernes, cuando pintaba. La gente dejó sus instrumentos recargados en la pared junto a la puerta y cada uno se sentó donde pudo, formando un círculo. El lugar lo adornaban paisajes abstractos en acuarela y uno que otro retrato en acrílico.

Quedé sentado frente a Anneli; pero también junto a Lina. Anneli y yo no cruzamos palabra durante la reunión y, aunque todo el tiempo platiqué con Lina, en algún momento mis ojos y los de Anneli se cruzaron y nos dimos a entender que, más tarde, ella y yo concluiríamos lo que teníamos pendiente. Mi estudio contaba con una recámara; era cuestión de esperar a que los invitados se fueran, o a que nosotros desapare-

ciéramos.

Lina, la colaboradora visual de Jean Ville, había llegado de Sonora a la Ciudad de México siete años atrás, a estudiar en La Esmeralda: primero fotografía; luego, videoarte. El novio mantenía económicamente el hogar: un ingeniero en sistemas que trabajaba en un proyecto de tecnología para el ejército. Exactamente qué padecimiento sufría Lina, no lo sé; pero su madre había fallecido durante un evento de salud mental: lanzándose al agua, en la presa de su ciudad natal. Lina era entonces una adolescente. Por eso: la obsesión de Lina en sus obras con lo efímero y la humedad.

Pasando la medianoche, los invitados comenzaron a despedirse. Jean Ville, casi al último. Solo quedábamos Anneli, Lina y yo. Platícamos un poco. Veinte, quizás treinta minutos, en los cuales se presentaron silencios larguísimo. Anneli se levantó del piso y fue a meterse a la recámara. Dejó la puerta abierta; pero no encendió la luz. Luego de unos minutos, Lina comenzó a desvestirse frente a mí, hasta quedar totalmente desnuda. Me tomó de la mano, me levanté junto a ella y me condujo a la recámara.

Los detalles del resto de la noche: no importan; solo debo decir que: la madrugada se convirtió en un par de huracanes alimentando olas bajo mi piel. Y cuando desperté, me encontré solo. Alcancé a escuchar música que venía de afuera. En la sala estaba Lina, sentada, casi en posición de loto, bebiendo una taza de café y hojeando un libro con imágenes de arte románico, al tiempo que escuchaba en el reproductor: música de Schumann: las fantasías de la Kreisleriana. Anneli, al parecer, se había ido más temprano.

"Podría ser la mujer de tus sueños", me dijo Lina, "pero te voy a dejar aquí". Sonreí nervioso, admirando el lunar junto a su boca. Pensé en armar un circo: fingir un desmayo, ofrecerle un té de pétalos de rosa para echar en él una pócima que la hiciera permanecer a mi lado. "Lo que tú necesitas es un novio que alimente mayores pasiones en tu obra", le dije. Su rostro asomó una lágrima. "Lo siento".

"Si realmente crees que te puedo amar, y que podrías ser feliz conmigo, tendrás que probarlo", me dijo acercando su orgulloso rostro frente a mis ojos: "pasemos setenta y dos horas juntos". Ese fue el comienzo, querido lector, de horas de pláticas y paseos en parques, de besos húmedos y caricias en nuestros cuerpos goteantes, y que culminarían con su desvanecimiento, como líquido que se derrama de entre mis brazos, luego de haberle dado todo mi amor durante la madrugada final. Y por lo cual, ahora tengo que huir, perseguido por lo que alcanzo a ver bajo la lluvia: un comando del ejército.

**Ana María Matute**

(Barcelona, 1925-2014) Escritora española. Novelista destacada de la llamada generación de los "niños asombrados", su obra describe el ambiente de la posguerra civil. Ana María Matute se dio a conocer en la escena literaria española con Los Abel (1948), una novela inspirada en la historia bíblica de los hijos de Adán y Eva, en la cual reflejó la atmósfera española inmediatamente posterior a la contienda civil desde el punto de vista de la percepción infantil. Este enfoque se mantuvo constante a lo largo de su primera producción novelística y fue común a otros representantes de su generación.

Las novelas de Ana María Matute no están exentas de compromiso social, si bien es cierto que no se adscriben explícitamente a ninguna ideología política. Partiendo de la visión realista imperante en la literatura de su tiempo, logró desarrollar un estilo personal que se adentró en lo imaginativo y configuró un mundo lírico y sensorial, emocional y delicado. Su obra resulta así ser una rara combinación de denuncia social y de mensaje poético, ambientada con frecuencia en el universo de la infancia y la adolescencia de la España de la posguerra.

Ana María Matute fue galardonada con el premio Café Gijón por Fiesta al noroeste (1953) y con el premio Planeta por Pequeño teatro (1954), novela a la que siguió En esta tierra (1955). También recibió el premio de la Crítica y el Nacional de Literatura por Los hijos muertos (1958).

Más tarde escribió la trilogía Los mercaderes, integrada por Primera memoria (1959), Los soldados lloran de noche (1964) y La trampa (1969), que tuvieron un gran éxito. La torre vigía (1971) es la historia de un adolescente que debe iniciarse en las artes de la caballería; aunque sigue la línea de las anteriores, se da en ella un cambio histórico de ambientación hacia el período medieval, rasgo que se prolongó en las obras de su madurez, publicadas tras un dilatado período de silencio literario.

Así, su novela Olvidado rey Gudú (1997) plantea una extensa y compleja trama de acontecimientos centrados en las disputas mantenidas en el transcurso de la décima centuria por el rey de Olar, Volodosio, y sus enemigos, el barón Ansélico y la hija de éste, Airdid. Asimismo, su novela Avamarot (1999) tiene como escenario la época medieval.

Matute cultivó además la narración corta, reuniendo sus relatos en volúmenes como El tiempo (1956), Historias de la Artáila (1961), Algunos muchachos (1968) y La virgen de Antioquía y otros relatos (1990). Son notables sus dos libros autobiográficos A la mitad del camino (1961) y El río (1963), en los que evoca sus experiencias de la niñez en el ambiente rural y bucólico de Mansilla de la Sierra.

En 2010 vio reconocida su trayectoria con la concesión del Premio Cervantes.

ad pédem literae

El procedimiento más seguro de hacernos más agradable la vida es hacerla agradable a los demás."

Albert Guinon

Letras de buen humor

"La forma más rápida de doblar tu dinero es plegar los billetes y metételes de nuevo en el bolsillo"

Will Rogers

Elmer Mendoza

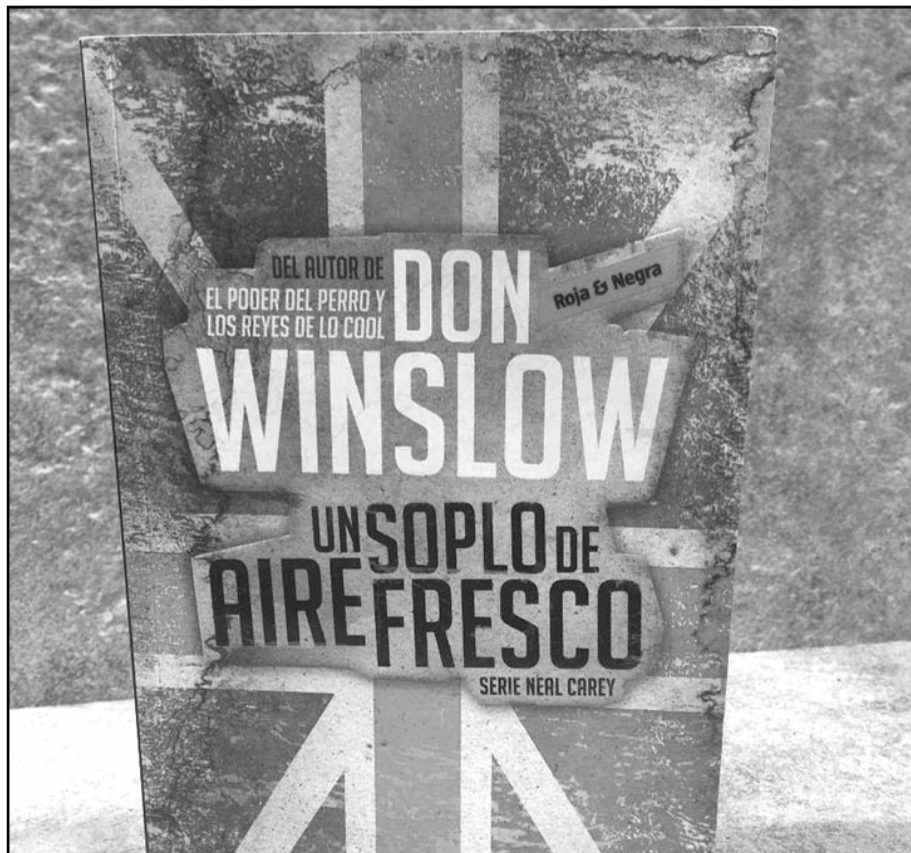
La traición es la condición elemental del agente encubierto

Afirma Don Winslow en Un soplo de aire fresco, su primera novela publicada en Estados Unidos en 1991, y por Penguin Random House en la Ciudad de México, en 2014, en la que presenta al joven detective Neal Carey en un caso espectacular que lo llevará a Londres, donde aparte de su incursión en el mundo del hampa local, deberá generar fuertes dosis de adrenalina que lo conducirán de las dudas sobre el oficio a la afirmación necesaria en un joven que se está convirtiendo en hombre, sin dejar de lado la lealtad y el amor; ya saben, esa cosa esplendorosa que provoca sudoraciones, dificultades en el habla y peligrosas taquicardias; además de todo el universo de ilusiones que los enamorados recrean todos los días y que son la belleza al alcance de todos.

Neal Carey es un chico de la calle que vive de pequeños robos o de escabullirse sin pagar de donde puede. Un día difícil, cuando aún es un niño de 11 años, en un pub irlandés le extrae la cartera a un hombre maduro y bien vestido. Ambos están en la barra y Neal decide que será algo fácil. Realiza la operación, se marcha, pero el hombre se da cuenta y sale tras él. Neal está en su barrio en Nueva York y conoce todos sus vericuetos. Advierte que el sujeto lo sigue y que corre como joven. Llegan a un callejón. El fugitivo se dispone a saltar una alta malla ciclónica y después de ese punto está seguro que será imposible para el perseguidor darle alcance. Empieza a trepar y a disfrutar su triunfo cuando siente un tremendo golpe en la espalda

que lo priva del conocimiento y cae. Así es como conoce a Joe Graham, quien se convertirá en su tutor y posteriormente en su padre y maestro. ¿Qué fue lo que lanzó Graham para que el niño cayera inconsciente? Les encantaré saberlo.

Don Winslow, que nació en Nueva York en 1953 y vive en su rancho californiano, alcanzó fama mundial con El poder del perro (2005); sin embargo, su carrera inició en este punto y a la fecha Neal Carey es el personaje de al menos cinco novelas de su extensa producción. Winslow es un hombre tranquilo, amistoso, que confía decididamente en el trabajo paciente y propositivo, al menos así lo demuestra en esta novela en que trabaja atmósferas perfectas y nos pone al tanto de por qué Neal Carey es un detective tan efectivo y sentimental. Graham percibe inteligencia en el chico, de manera que lo adopta y le resuelve el problema económico. Él trabaja para un banco que resuelve cualquier asunto que afecte el buen nombre de sus clientes; desde luego, los hombres más ricos de Rhode Island. Para esto, unos son investigadores y otros no se tientan el corazón para enviar a cualquiera que estorbe al otro mundo. Mientras el chico crece, lo entrena en todos los aspectos técnicos que un detective debe dominar para ser exitoso. Además de disparar con tino y saber poner cualquier tipo de cara, lo enseña a seguir sospechosos sin que lo sientan; un aspecto en que Graham es un experto y después de arduos años de entrenamiento, Neal lo hace aceptablemente. Mientras eso, ayuda en algunos



casos y asiste a una universidad privada pagada por el banco.

En algún momento Carey enfrenta una prueba como investigador y fracasa. Londres puede ser su tumba o su reivindicación. Allie, la hija del senador John Chase, de 17 años, se ha fugado justo cuando el señor tiene una oportunidad de competir para vicepresidente y le urgen fotos de una familia feliz. Las investigaciones preliminares indican que la joven es drogadicta y le encanta el sexo; además de que ha sido abusada por un miembro de la familia. La chica fue vista en Piccadilly Circus y hacia allá viaja Neal, fastidiado porque no podrá ver cómo sus adorados Yanquis ganan el campeonato y serán contendientes en la serie Mundial de beisbol. Lo recibe un

contacto al que no vuelve a ver y empieza un trabajo donde la paciencia es fundamental. Pasan varias semanas hasta que la hermosa chica de ojos azules y cuerpo perfecto aparece. Al detective no le sorprende la manera en que esta niña caprichosa se gana la vida. Cuidadosamente se relaciona con su padrote, un tipo que intenta participar en el mercado de las drogas duras que controlan los chinos. Neal Carey realiza una serie de maniobras que lo llevarán por arriesgadas rutas de las que será imposible rescatar a Allie sin recibir un plomazo en el pecho. Don Winslow lleva su historia al límite y resulta difícil y emocionante adivinar si Neal podrá con el paquete. Sé que disfrutarán esta novela. Cuidense y ya me contarán.